

## Noche del sábado 25 de agosto al domingo 26 de agosto

Mientras cruzaba el bosque por aquel camino irregular su bicicleta se sacudía tan violentamente que sintió vibrar su vientre. Se le escapó una risa, y el sonido de aquella expresión de alegría rasgó la quietud del bosque. Caía una fina llovizna, pero Anna se sintió suficientemente resguardada del agua por las altas copas de los árboles, que semejaban para ella enormes paraguas. Cerró los párpados sin dejar de pedalear, atendiendo al rítmico compás de su respiración entrecortada y al leve zumbido de las ruedas. Abrió la boca y sacó la lengua para paladear la humedad de la lluvia. El cálido aire nocturno estaba impregnado de humedad, olía a tierra fresca y su pelo, cada vez más mojado, se amoldaba suavemente a sus hombros.

Se había divertido mucho en la discoteca. Aquel chico moreno, Alex, era algo tímido, pero muy dulce. No se había dejado engañar por la actitud del muchacho, advirtiendo la fragilidad oculta tras la aparente rudeza. Él le había pedido su número de móvil y ella se lo había ofrecido sin dudar, anotándolo sobre una servilleta de papel que le tendió con una sonrisa pícara. Alex pareció complacido y ella, al advertirlo, decidió repentinamente recuperar la servilleta, no sabría decir muy bien por qué. El chico había intentado detenerla, aferrando su brazo con dedos implacables, que no crueles, sino firmes, con esa fuerza hasta cierto punto protectora que se emplea para alejar a alguien de un peligro. La tristeza nacida en algún lugar muy profundo dentro de ella la había conmovido hasta hacer que se le escaparan algunas lágrimas, y Anna se había liberado de aquella presión con un mo-

vimiento brusco. Él la había mirado unos instantes, perplejo, antes de encogerse de hombros, dar media vuelta, y alejarse de ella sin más. A Anna le hubiera gustado explicarle lo que acababa de suceder, pero supuso que él sería incapaz de comprenderla. El chico desapareció entre la gente que bailaba, pero ella no dejó de notar su contacto sobre su piel hasta mucho rato después.

El golpe llegó de repente. Abrió los ojos, asustada, para comprobar que, de alguna manera, había rozado el grueso tronco de un árbol. Este estaba situado en las lindes del bosque que marcaba la entrada al pequeño aparcamiento para los que bajaban al fiordo, y, sin que tuviera tiempo de pensar mucho más, perdió el equilibrio y cayó al suelo, quedando bajo su bicicleta. Sintió un fuerte ardor en la rodilla derecha y notó de forma instantánea la cálida sangre descendiendo por su pierna. También le palpitaba el codo derecho, que se frotó ligeramente, mientras intentaba ponerse en pie con dificultad.

Una oscura nube se desplazó a un lado liberando a una luna excepcionalmente pálida, y Anna tuvo la incómoda sensación de no encontrarse sola en aquel lugar. Contuvo el aliento, permaneciendo completamente inmóvil, y aguzó el oído intentando aislar algún sonido anormal, pero sólo percibió el golpetear de su propio pulso acelerado y el lejano murmullo del fiordo.

—¿Hay alguien ahí?

El viento alejó su pregunta, llevándosela de allí, y durante algunos segundos dudó, insegura, sin saber cómo actuar a continuación. Se esforzó por tranquilizarse. Allí no había nadie más, su cabeza le estaba jugando una mala pasada. Siempre estaba imaginando cosas, su padre no dejaba de burlarse de ella por eso.

Un leve rumor le llegó procedente de un arbusto cercano y giró la cabeza en la dirección en la que creyó haberlo percibido. Podía adivinar la forma irregular que presentaba el arbusto aún con aquella oscuridad, pero era incapaz de distinguir nada más. Un miedo paralizante descendió sobre ella, cubriendo su piel de finas agujas punzantes. Reuniendo todo su valor, se aferró con fuerza al manillar de la bicicleta, que levantó, y se apresuró a retomar el camino, dejando atrás el árbol que la había hecho caer.

Su pie tropezó con un obstáculo, se agachó para ver de qué se trataba y descubrió una gran rama obstruyendo el sendero. Intentó apartarla con una mano, sin soltar la bicicleta.

El golpe fue muy fuerte y la cogió completamente por sorpresa. Cayó hacia delante, sobre la gruesa rama, y se raspó la frente. Un hilo de sangre cálida y pegajosa comenzó a caer sobre su rostro. Intentó ponerse en pie, buscando absurdamente su bicicleta, pero recibió un nuevo golpe en la nuca, mientras algo o alguien empujaba su cabeza contra el suelo. Su boca quedó inundada de pequeñas piedrecitas y se llenó con el sabor a tierra. Aunque quería gritar, no logró que escapara ningún lamento de su garganta. Percibió un aliento extraño junto a ella y también una fragancia que le pareció vagamente conocida. Un nuevo golpe, ejecutado con fuerza. Un chasquido. Sangre en su boca. Se sintió mareada, y poco a poco todo se fue volviendo gris. *Tienes que salir de aquí*, pensó, desesperada, y quiso alcanzar la rama, o una piedra tal vez, pues era consciente de que necesitaba defenderse, luchar, pero su cuerpo ya no estaba dispuesto a obedecer las órdenes que dictaba su cerebro. Su espalda se llenó de un dolor insoportable, una vez y otra. Oyó un extraño estertor y comprendió con horror que era ella misma la responsable de aquel angustioso sonido. Poco a poco fue imponiéndose de nuevo el silencio. Su último pensamiento antes de que todo se volviera definitivamente negro fue la certeza de que aquella era la hora de su muerte. Y de alguna manera eso la consoló, pues nadie podría volver a hacerle daño, nunca jamás.

## Domingo 25 de agosto

Uno de esos días nefastos en los que la melancolía lograba introducirse bajo su piel y aletargarla, provocándole una fatigosa apatía contra la que era imposible protegerse. Rebekka llevaba odiando los domingos desde los nueve años. Normalmente intentaba llenar las interminables horas que componían aquellos insoportables días con todo tipo de actividades, o, en el caso de que no lograra convencer a nadie para que la acompañara, pasaba el mayor tiempo posible durmiendo. Así, desaparecían horas y horas de esos días que siempre ansiaba que fuesen relevados cuanto antes por los mucho más prometedores lunes.

En esta ocasión se encontraba archivando los informes de su último caso en su espaciosa oficina, recién amueblada y con vistas al Tívoli. Guardó el grueso archivador gris en la estantería. Hacía ya tres años que pertenecía a la Unidad Especial Móvil de la policía estatal danesa, la única mujer de toda la unidad. Se trataba de un puesto muy codiciado, al que sólo podían aspirar los agentes mejor cualificados. Doscientos días al año viajando por todo el país para auxiliar a la policía local en casos especialmente complejos. Rebekka amaba su trabajo, lo realizaba con entusiasmo, y su superior, Torsten Krogh, había expresado en repetidas ocasiones su satisfacción por su buen hacer. Entre los compañeros era aceptada como una más y empleaban con ella el tono rudo y coloquial habitual entre hombres. Depositaban en ella una confianza absoluta, y por primera vez en su vida Rebekka se había sentido parte de algo.

Miró a su alrededor, satisfecha. Siempre había soñado con

ocupar aquel despacho, situado en el quinto piso y con unas vistas espléndidas a las atracciones del Tívoli y la torre del ayuntamiento. Cuando supo que se había quedado vacío, se lo había solicitado a Krogh, y, aunque en realidad era demasiado amplio para una sola persona, y más aún para alguien que apenas pasaba tiempo en la ciudad, éste había accedido inmediatamente a su petición, proporcionándole una inmensa alegría. Rebekka suspiró de placer mientras presionaba la nariz contra el frío vidrio de la ventana. Descubrió a una paloma sobre el alféizar, aparentemente disfrutando del suave sol mañanero, zureando de forma casi meditativa, y durante unos instantes se dejó arrullar por aquel sonido, perdiéndose en sus pensamientos.

La campana de la torre del ayuntamiento sonó once veces. Se había despertado temprano aquella mañana, y tras correr un rato por el parque de Søndermarken se había dirigido directamente a la Jefatura. Ya había liquidado el papeleo y no le quedaba nada más por hacer. Incluso había regado la planta que descansaba sobre la mesa de madera. La embargó una angustiosa sensación de soledad, por lo que marcó el número de Dorte. Su amiga la invitó a café, tal como esperaba, y una Rebekka algo más optimista cogió su abrigo y abandonó el desierto edificio.

El insistente sonido del teléfono despertó a Michael Bertelsen. Desorientado, no fue capaz de determinar al abrir los párpados si era de día o de noche. Después recordó que durante la noche había realizado una intervención en aquella discoteca situada en la zona peatonal y dedujo que por tanto ya debía haber amanecido, aunque seguía dudando en cuanto a la hora. Alargó la mano buscando su teléfono inalámbrico, tanteando a su alrededor, y lo encontró finalmente bajo las mantas, en el lado ahora desocupado de su amplia cama de matrimonio.

—Bertelsen —murmuró, frotándose los ojos para comenzar a acostumbrarse a la claridad. Consultó la hora en el despertador: las 11.03.

—Michael, soy Teit. Ha aparecido una joven asesinada en el

bosque, en la zona occidental, en Fruerwald, justo al lado del aparcamiento. Una tal Anna Gudbergesen, de veintidós años.

Michael, aún un poco aturdido, se sentó en la cama.

—¿Qué?

—La han golpeado y apuñalado repetidamente. A primera vista no parece que el móvil sea sexual. El forense, Thorkild Thogersen, se encuentra ahora con el cadáver. Acércate por allí en cuanto puedas.

Mientras su superior le proporcionaba las indicaciones necesarias para llegar hasta el lugar del crimen, Michael saltó de la cama, se refrescó rápidamente rostro y axilas, y cruzó el dormitorio a trompicones, intentando ponerse los calcetines y pantalones sin dejar de atender la llamada.

—Dame diez minutos —rogó—. Ya estoy allí.

El teléfono móvil comenzó a sonar en el mismo instante en el que Rebekka había logrado estacionar su vehículo ante el edificio en el que se encontraba la vivienda de Dorte. La llamada procedía de su superior, Torsten Krogh.

—Escucha, Rebekka, al parecer han encontrado el cuerpo de una joven en un bosque de la Jutlandia occidental. Apuñalada repetidas veces, tal vez violada. Te voy a enviar para allá, sólo a ti. Es cierto que nosotros no nos ocupamos habitualmente de esta clase de casos, pero el comisario responsable es un viejo amigo mío y me ha solicitado ayuda. Haremos todo lo que esté en nuestras manos, y de las cuestiones técnicas se encargarán los compañeros de Århus.

Rebekka sintió un leve cosquilleo en el estómago. Desde la última reforma del sistema legal, que afectó a la organización de la policía, se ocupaban muy rara vez de casos de homicidio, aunque la Unidad Especial originariamente se había creado precisamente para eso. En la actualidad su trabajo tenía una orientación más bien política, y la prostitución, la trata de blancas y las guerras entre bandas se habían convertido en su campo de acción prioritario. Los asesinatos se resolvían en las jefaturas provincia-

les o incluso en las comisarías locales, pese a que, sobre todo éstas últimas, estaban escasamente capacitadas para ocuparse de ello. Rebekka había solicitado el puesto que actualmente ocupaba en la Unidad Especial confiando precisamente en poder ocuparse de la resolución de asesinatos, y sabía que no era la única que lamentaba que la reforma legal la hubiera alejado de ellos.

—¿En qué zona de Jutlandia? —preguntó, intentando no parecer demasiado ansiosa.

—En Ringkøbing.

*Ringkøbing. Ringkøbing. Ringkøbing.*

Un gélido temor se apoderó de ella, nubló su visión y le secó la boca. El mundo comenzó a girar a su alrededor, y oyó a Krogh en la lejanía rebuscando entre papeles.

—En una zona boscosa, en Fruerwald. Es el acceso occidental al bosque. ¿Rebekka? ¿Rebeka, sigues ahí?

Poco a poco regresó a la realidad.

—Sí, es que me he sorprendido. Soy de Ringkøbing precisamente.

—Es verdad, no lo recordaba. Pues mejor así —expresó Torsten Krogh su entusiasmo, y le facilitó unos cuantos detalles del caso antes de colgar.

Rebekka se hundió en el asiento de su coche, mirando al frente pero sin ver nada. Precisamente Ringkøbing. Había vivido en aquella ciudad durante diecinueve años, los primeros de su vida, y había escapado de allí a la primera ocasión que tuvo. Jamás había vuelto, pese a que sus padres aún seguían residiendo en la ciudad, en la misma casa amarilla de su infancia, que formaba hilera con otras casas, y hacia la cual conducía un camino sembrado de tréboles. Una imagen idílica de tiempos lejanos.

Unos golpecitos decididos en la ventanilla del coche la arrancaron de su ensimismamiento. Rebekka volvió la cabeza, distraída, para enfrentarse al alegre rostro de Dorte. Su amiga abrió la puerta.

—¿Qué haces ahí dentro? ¿Te has dormido?

—Tengo que marcharme. A Ringkøbing. Ahora mismo. Ha habido un asesinato.

Salió tambaleante del vehículo y casi cayó en los brazos de Dorte, que la contemplaba fijamente y con los ojos muy abiertos.

—Pobre Rebekka. Pero, ¿no puedes! Tienen que encontrar a otro. ¡Es imposible! ¿Y Robin?

Le frotó cariñosamente el brazo.

—No... No... Tengo que ir yo —tartamudeó Rebekka de modo poco convincente, esforzándose por recuperarse de la fuerte impresión recibida—. Es mi caso... Tengo que ir... ¡Quiero ir! Esto es una locura. Llevo años imaginando todo lo imaginable para evitar volver y ahora estoy obligada a hacerlo.

—¿Tienes tiempo de entrar a tomar un café?

—No. Otro día será.

—De acuerdo, lo comprendo. No olvides que hace años ya que soy amiga de una ocupadísima agente de policía —rio Dorte, pero recuperó la seriedad de inmediato—. ¿Saben tus padres que vas?

—No. Me acaban de informar, no me ha dado tiempo a avisarlos. Los llamaré ahora, no sé qué ocurrirá cuando me tengan por allí. Por suerte estaré muy, muy ocupada.

Todo aparecía teñido de rojo. Michael retrocedió inconscientemente cuando se enfrentó a la visión del cuerpo de Anna Gudbergsen. La escena presentaba un aspecto tan indescritiblemente dantesco que sintió el sabor de la bilis inundar su boca. Era imposible pensar en escupir en aquel lugar, así que tragó.

Anna Gudbergsen yacía en un pequeño claro, junto a los arbustos que cercaban el bosque. Estaba tumbada de espaldas, las piernas abiertas, un brazo pegado al cuerpo, el otro, con el que al parecer había intentado proteger su rostro, inmóvil para siempre en una posición poco natural. Llevaba el vestido veraniego de tirantes, con un alegre estampado de flores, subido hasta casi el pecho, mostrando sin pudor el vientre. Sus braguitas de seda, originariamente blancas, estaban teñidas del rojo de su sangre y rodeaban sus tobillos. Una de sus sandalias descansaba junto al

cuerpo, la otra aún cubría el pie izquierdo. Había sangre por todas partes, y su largo cabello rubio estaba surcado por mechones rojas y entrelazado con hojas secas y pequeñas ramitas. La mejilla izquierda presentaba una fea herida, los brazos y piernas estrías rojas, y el vientre y bajo vientre mostraban profundas incisiones que no podían proceder sino de algún arma blanca. Únicamente los ojos permanecían intactos. Unos grandes ojos verdes que miraban fijamente al cielo.

Michael cerró los párpados unos instantes para recuperarse de aquella visión, reunir fuerzas y asimilar lo que tenía ante sí. A su alrededor, la vida continuaba, y los agentes estaban ocupados en dividir en parcelas el lugar del crimen.

—¡Cuanta brutalidad! —oyó a sus espaldas, mientras sentía una mano apoyarse en su hombro. Pertenece a su amigo y compañero David Johansen. Michael asintió sin pronunciar palabra.

El aire estaba cargado de minúsculos puntos negros, moscas, que se acercaban diligentes al cadáver. Un olor dulzón impregnaba el ambiente, y Michael sintió un nuevo mareo. Tal vez prescindir del desayuno no había sido muy buena idea.

El forense, Thorkild Thøgersen, un hombre que se jubilaría en breve, se unió a ellos.

—Los de Århus están a punto de llegar —murmuró, mientras se rascaba la incipiente barba gris—. A mí me queda poco para acabar aquí.

—¿Puedes decirnos algo?

—Ha muerto esta misma noche, entre las dos y las cuatro de la mañana aproximadamente. Como ves el rigor mortis ya se ha iniciado, fíjate en la rigidez de la mandíbula y de parte del tronco. Y las moscas han comenzado a poner huevos en las heridas.

Michael se inclinó sobre el cadáver y advirtió los minúsculos puntos blancos. Tuvo que contener una vez más los deseos de vomitar.

—La han apuñalado repetidas veces —continuó el forense—. Un instrumento afilado, yo diría que se trata de un cuchillo de cocina corriente, de entre quince y veinte centímetros de largo. Calculo unas veinte incisiones.

Thorkild Thøgersen sacudió la cabeza, señalando a Anna.

—Al mover la cabeza con cuidado pueden advertirse también un par de fuertes golpes en la nuca. Ese pelo tan largo hace que sea difícil de detectar a primera vista, pero apostaría a que ha perdido masa encefálica.

La mirada de Michael siguió la trayectoria que señalaba aquel dedo rugoso y vio una sustancia grisácea esparcida por el suelo. Thorkild Thøgersen le miró con semblante serio.

—Pero, a pesar de todo, la causa más probable de la muerte es el estrangulamiento.

Michael arrugó la frente, sorprendido.

—Mira.

El forense señaló el delgado cuello de la chica. Gran parte de él estaba cubierto de sangre, pero en aquellos puntos por donde asomaba la piel no era difícil advertir las características marcas azules. Michael asintió y se puso en cuclillas junto al cadáver.

—Fíjate en los ojos —dijo Thorkild Thøgersen—. ¿Ves los puntitos rojos? Otro indicio de estrangulamiento. Algunas incisiones eran mortales de necesidad, y añadamos ahora los golpes en la nuca y, por último, la asfixia. Me sorprende que el asesino se haya tomado tantas molestias para asegurarse de que se cumpliría su objetivo, pero, por suerte, no soy yo quien debe comprender los motivos que llevan a esto, sino vosotros. ¿Te has fijado en los arbustos?

Michael giró la cabeza y distinguió las salpicaduras rojas interrumpiendo el verde de las plantas. Las manchas brillaban al sol.

Thorkild Thøgersen rebuscó en los bolsillos de su traje protector y sacó una caja amarillenta de pastillas de regaliz de la marca Ga-Jol, ofreciéndosela primero a Michael.

—Probablemente la golpearon nada más salir del bosque, junto a la barrera de entrada. He visto una gran rama obstruyendo el camino, tal vez se trate de una maniobra del asesino para tenderle una trampa a su víctima. Más tarde ha debido de arrastrarla hacia los arbustos para terminar su trabajo. Bueno, voy a ver si logro comer algo mientras espero la llegada de los de Århus.

Thorkild Thøgersen se incorporó pesadamente, permaneció de pie unos instantes, indeciso, mientras miraba fijamente a un punto indeterminado a sus pies.

—Esto es raro. Hace unos veinte años tuvimos por aquí un crimen similar. Me acababan de trasladar desde Odense. No recuerdo... ¿cómo se llamaba aquella mujer? Lene... Lene no-sé-qué más. No murió demasiado lejos de este lugar, allí, bajando un poco el fiordo. La apuñalaron repetidas veces, igual que a esta chica. Fue mi primera actuación como forense en esta ciudad. Me impresionó muchísimo, como comprenderás.

Thorkild Thøgersen miró a Michael, avergonzado. Este asintió y se puso en pie a su vez, sintiendo la rigidez de las piernas. Se maldijo por estar en tan baja forma.

—¿Se resolvió aquel asesinato?

Thorkild Thøgersen sacudió lentamente la cabeza, levantó la mano a modo de despedida y abandonó el lugar del crimen con lentos pasos cansados.

Rebekka pisó a fondo el acelerador y su viejo Citroën voló como una bala de plata por la autopista en dirección a Ringkøbing.

Lucía un sol implacable, por lo que rebuscó en su bolso hasta encontrar sus gafas, se las colocó, y sintonizó en la radio una emisora con música moderna.

*Boyfriend, don't you touch my boyfriend, he's not your boyfriend, he's mine*, oyó las voces de Alphabeat.

Rebekka se unió al grupo durante un rato. Se sentía invadida por una curiosa mezcla de excitación y miedo. Se encontraba a medio camino hacia Ringkøbing, la ciudad que había estado evitando todos estos años, esa pequeña localidad provinciana compuesta en su mayoría por bonitas casitas rojas, cuya seña de identidad la constituía el fiordo y la iglesia. Un lugar de aspecto idílico, pero que le había proporcionado a Rebekka experiencias muy poco idílicas en el pasado.

Buscó otra emisora al acabar la canción, sacó con cierto esfuerzo un caramelo del bolsillo de su chaqueta que, cuando al

fin logró introducirse en la boca, le supo a todo menos dulce. En Ringkøbing probablemente todo seguiría igual que siempre. Su casa, la ciudad, el fiordo con sus frías aguas y también el bosque Fruerwald con sus impresionantes árboles, donde tantos y tantos momentos había pasado de niña. Le resultaba difícil de creer que aquel bosque sereno de su infancia hubiera servido ahora de escenario para un brutal asesinato.

Rebekka solía ver a sus padres dos veces al año. Por Navidad y en verano. Se encontraban siempre en terreno neutral; en verano en la casita de vacaciones que la hermana de su padre tenía en Bornholm, y en Navidad a veces en casa de una tía materna, en Herning, o también en su propio piso en Valbygårdsvej.

Sentía sobre todo las fechas navideñas como una dura prueba. Rebekka se esforzaba año tras año por buscar excusas que le permitieran evitar aquellos encuentros, a veces con mayor fortuna que otras. Para alegría de sus compañeros se ofrecía siempre para cubrir las guardias el día de Nochebuena, un ofrecimiento que, aunque sorprendía a todos, se aceptaba inmediatamente. Su madre parecía sospechar cuando Rebekka le comunicaba al teléfono, año tras año, que una vez más el trabajo le impediría asistir al tradicional encuentro familiar.

—No comprendo cómo no establecéis turnos. No es normal que siempre te toque a ti —solía protestar secamente, y Rebekka expresaba una decepción que no sentía, explicando que ocupaba el último escalafón en la jerarquía. Había habido ocasiones, sin embargo, no muchas, en las que algún compañero, al igual que ella, deseaba evitar unas Navidades familiares, y se veía obligada entonces a cederle el turno. En esos raros casos había pasado las fiestas con sus padres; un padre extremadamente nervioso que intentaba mediar, y una madre reservada que no cesaba de mostrar su desaprobación. La ausencia de Robin era tan perceptible como si hubiera perdido un brazo o una pierna.

Rebekka se aferró al volante con fuerza y se enfrentó a su propia mirada en el espejo retrovisor. Aquello era entonces. No ahora.

Sintonizó por tercera vez una nueva emisora, buscando, in-

satisfecha, hasta hallar algo que la reconfortara, alguna pieza de música clásica, mientras se esforzaba por centrar sus pensamientos en la joven Anna Gudbergsen: sería su primer caso sola; un asunto en el que ella misma, Rebekka Holm, sin ayuda de nadie, debía ofrecer su apoyo y demostrar su experiencia a la policía local.

Aquello sonaba bien. Repasó mentalmente todo lo que debía llevar a cabo en cuanto llegara a la comisaría de Ringkøbing.

Michael, fatigado, se pasó una mano por el rostro como intentando alejar de sí el cansancio. Acababa de regresar a su despacho y sentía su cuerpo necesitado urgentemente de algún tipo de estimulante, un café, pasteles, algún caramelo, algo dulce. Cualquier cosa que le permitiera mantener los ojos abiertos y la mente despejada un rato más. Sobre su mesa sólo había una pequeña fuente con manzanas, un intento de la administración de convencer a sus empleados de los beneficios de una alimentación sana, tal vez con la idea de reducir o incluso evitar totalmente las bajas por enfermedad. Michael refunfuñó en señal de protesta y se preguntó si aún dispondría de tiempo para acercarse a la gasolinera más próxima antes de que le tocara tomar declaración a la desdichada mujer que había encontrado el cuerpo de Anna Gudbergsen.

Había estado trabajando sin parar desde que regresara del bosque. Su superior había organizado una pequeña reunión en el mismo lugar de los hechos y había comunicado a sus agentes, para sorpresa de todos, que había decidido avisar a la Unidad Especial Móvil, habiendo aceptado éstos enviarles, en el transcurso de la tarde, a algún investigador experimentado. También los técnicos de Århus había aparecido ya, y estaban intentando aislar posibles huellas y pruebas. El comisario Teit Jørgensen había reunido a su equipo, que estaba formado, al margen de Michael y su amigo David Johansen, por Susanne Kemp y Egon Berregaard, ambos agentes capaces y expertos, que pertenecían a la policía de Ringkøbing desde hacía muchos años.

—Ya puedes hablar con Agnes Dam —le informó Bettina Pallander, la administrativa, asomando la cabeza por la puerta y dedicándole una sonrisa encantadora.

—Gracias, ya voy —repuso Michael, imaginando con cierta añoranza las estanterías repletas de dulces de la gasolinera de la empresa Statoil que se hallaba tan tentadoramente próxima. A regañadientes cogió una de las manzanas amarillas y la mordió con ansia. Tras dos grandes bocados la lanzó con desprecio a la papelera.

Agnes Dam era una mujer robusta que debía hallarse cerca de los setenta años. Mostraba una palidez extrema y sus ojos ligeramente saltones estaban muy enrojecidos. La blusa de seda color salmón se veía completamente sudada.

Michael le dirigió una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, y al poco se unió a ellos Bettina con café y más manzanas en una bandeja.

—No entiendo por qué tengo que contarlo todo de nuevo. Ya he explicado cómo ocurrió —suspiró la mujer, incómoda, mientras obsequiaba a Michael con una mirada que oscilaba entre el desagrado y la confusión.

—Lo lamento mucho, de verdad, pero la experiencia nos dice que volver a explicar lo sucedido algo más tarde puede obrar maravillas con la memoria. Y comprenderá que buscamos cualquier detalle, por irrelevante que parezca, que nos pueda ayudar a resolver un crimen tan grave con éste —explicó Michael, muy serio—. Le agradecemos muchísimo su ayuda. Tómese el tiempo que necesite, por favor. Comience desde el principio.

Endulzó el amargo café con dos cucharadas de azúcar. Sabía que la mujer había estado paseando a su perra, un labrador hembra llamada Trunte, cuando se encontró con el cuerpo de Anna Gudbergsen.

—Salí de casa a la hora de costumbre. Vivo en Bekksinvej, a pocos metros del bosque. Trunte siente pasión por el bosque.

Agnes Dam se detuvo al pensar en su perra, actualmente en la recepción, bajo la custodia de un agente.

—¿A qué hora era exactamente?

—Consulté mi reloj justo antes de salir porque acababa de introducir un asado en el horno... a mediodía llegarán mis hijos y mis nietos... y eran exactamente las nueve y once minutos cuando abandonamos la casa. Hacía tan buen tiempo esta mañana... Ha sido esta mañana mismo cuando sucedió todo y, sin embargo, me parece que hubieran pasado siglos...

Michael asintió, comprensivo.

—De modo que nos pusimos en marcha, y seguimos el camino hacia el bosque, como de costumbre. De repente, Trunte comenzó a ladrar sin parar. Se detuvo y estuvo olisqueando, nerviosa, entre los arbustos, sin atender a mis llamadas, por lo que me enfadé. Y entonces me acerqué hacia donde estaba y allí... allí la vi.

Agnes Dam rompió a llorar, en silencio. Michael le acercó una caja de pañuelos y ella se lo agradeció con un gesto de la cabeza, cogió uno, y se lo pasó con cuidado por el rostro.

—¿No se cruzó con nadie en el camino? Conocido o desconocido. Piense, esto es muy, muy importante.

Los dedos de Michael tamborileaban sobre la mesa, como si quisieran fijar con el movimiento algún recuerdo.

Agnes Dam sacudió la cabeza lentamente.

—No. Estábamos las dos solas. Totalmente solas. No vi a nadie, y me sorprendió, con lo bonito que estaba el día.

—¿Conocía usted a Anna Gudbergsen?

—No, no la conocía. Quiero decir, sé quién es, la hija de Gert. Su familia vive a sólo unas calles de mi casa y la he visto con frecuencia por el barrio, pero no puedo decir que la conociera, no.

Agnes Dam se sorbió la nariz. El estómago de Michael protestó en voz alta.

—Menos mal que dejé a Åge encargado del asado —observó la mujer cambiando de tema de repente—. Al menos no se habrá estropeado del todo y podremos aprovecharlo para la cena.

Michael asintió y sonrió de nuevo, algo más forzosamente ahora.

—Muchas gracias. Comprendo que todo esto ha supuesto una experiencia muy desagradable para usted, pero le aseguro que me ha sido de gran ayuda. Por favor, quédese sólo unos minutos más para firmar su declaración. Después nos encargaremos de llevarla hasta su casa.

La mujer sonrió débilmente, y Michael se puso en pie con intención de regresar a su despacho. Ya había alcanzado la puerta cuando la mujer lo llamó.

—¿Sí?

—Hay algo que me angustia, me angustia muchísimo —comenzó, y Michael la observó con atención, repentinamente alerta.

—¿Qué es lo que la angustia? Debe contármelo todo —insistió.

—Me angustia pensar... ¿Por dónde pasaremos a partir de ahora Trunte y yo? El bosque era nuestro terreno, y nos lo han infectado, para siempre. Jamás podré volver a poner un pie en ese bosque. ¿Qué haremos ahora?

Su voz, impregnada de desesperación, había subido varias octavas.

Michael, decepcionado, la miró en silencio durante unos instantes, para reunir a continuación sus últimas fuerzas y murmurar algunas amables palabras de consuelo. Después regresó a su despacho. Y abandonó éste para dirigirse a la gasolinera.

La comisaría de Ringkøbing, situada a apenas un tiro de piedra del fiordo, llevaba allí desde inicios del siglo XX. Se trataba de un bonito edificio de ladrillo, ahora totalmente cubierto por la hiedra, adornado con un tejado de cobre e incluso dotado de una pequeña torre. Los despachos eran minúsculos y, por lo tanto, algo incómodos, pero pese a ello Michael le encontraba un atractivo inspirador. En la primera planta del edificio se había instalado un juzgado de instrucción, y allí mismo se habían ha-

bilitado unas celdas para prisión preventiva que podían dar cabida a unas diez personas. Por ello, era normal que hubiera siempre algo de bullicio.

El despacho de Michael se encontraba en la tercera planta, en la parte posterior del edificio, por lo que las vistas que permitía su ventana se limitaban al patio que se utilizaba para que quienes ocupaban las celdas se ejercitaran un poco. El mobiliario estaba compuesto por piezas desechadas de otros espacios, el diseño era propio de los setenta, y aunque Michael hacía lo posible por dotar al lugar de cierta apariencia hogareña con alguna que otra planta verde, pocas eran las que no se marchitaban en un par de semanas. En aquellos instantes sólo había un único objeto personal adornando su despacho, y éste no necesitaba de grandes cuidados: se trataba de una fotografía a todo color de su hija Amalie. La niña sonreía a la cámara, pícara, mostrando una gran mella en la boca. Se trataba de una imagen muy reciente, y la había recibido como regalo de cumpleaños de Anette, su ex mujer, y, por supuesto, de la propia Amalie. Hacia menos de un año de su separación y pese a que el proceso de divorcio había transcurrido de forma civilizada, mucho más de lo que era costumbre en otras parejas, sentía cuán profundamente le había marcado todo aquello.

Sin saber cómo, Anette y él habían comenzado a distanciarse. Dejaron de comunicarse y también cesó su vida sexual tras el nacimiento de la niña, de modo que la idea del divorcio había nacido de forma natural en ambos, casi simultáneamente. Anette se había trasladado con Amalie a Skjern, mientras que Michael continuó en la pequeña casa familiar a las afueras de Ringkøbing. La niña vivía con ambos, de forma alternativa. Nueve días con Anette y cinco con Michael. Esta disposición funcionaba de maravilla y Amalie parecía feliz. La niña acababa de cumplir seis años y había comenzado a ir al colegio. A Michael le resultaba muy dura la separación de su hija, a la que echaba de menos con un dolor casi físico, y en esos momentos le ayudaba poder contemplar su alegre sonrisa. Se sentó ante su escritorio, encendió el ordenador, y se puso a repasar las notas del caso Anna Gudbergsen.

Pese a su amplia experiencia y los muchos años que llevaba en la policía, nunca se había enfrentado a un crimen como aquel. Normalmente su trabajo solía centrarse en asuntos menores de drogas, algún robo, rara vez un asalto. Cuando se había producido algún asesinato, el móvil solían ser los celos, o también recordaba aquel trágico caso en el que el padre se había suicidado después de acabar con toda la familia. Eran casos fáciles de resolver, donde la necesidad de investigación era muy limitada. A Michael le venía bien que su trabajo fuera así, pues le permitía dedicar mucho tiempo a su familia y amigos, o las motos, que le entusiasmaban, o a jugar a los dados, con lo que solía divertirse. No ignoraba que muchos de sus compañeros le tenían por comodón, pero él mismo se consideraba simplemente un hombre tranquilo.

Se encontraba imprimiendo la declaración de Agnes Dam cuando oyó llamar a la puerta y abrirse ésta. Teit Jørgensen entró a la carrera y arrojó una serie de fotografías sobre el escritorio.

—Acaban de traernos esto. ¿Qué tal la mujer del perro?

—Bien, aunque no nos ha aportado nada de interés. No ha visto a nadie ni ha oído nada tampoco. Estaba imprimiendo ahora su declaración.

—Bien. ¿Ya ha llegado?

—¿Ya ha llegado quién?

—Rebekka Holm. De la Unidad Especial Móvil.

Michael sacudió la cabeza en señal de negativa. Se sentía a la vez inseguro y curioso. Jamás había trabajado en un caso en el que se requiriera la intervención de esa unidad, pero había oído hablar de esos pretenciosos señoritingos de la ciudad que se esforzaban para que hasta los más experimentados policías locales parecieran simples y tímidos becarios.

—Lleva poco tiempo en la unidad, esa tal Holm. No tendrá más de treinta y cinco años, pero Torsten dice que es una mujer brillante. Propongo que forméis equipo durante su estancia aquí. Estaría bien que pudieras ocuparte un poco de ella e informarla de los detalles del caso. Le ofreceremos el despacho anexo al

tuyo, Bettina lo está preparando ahora mismo. En cuanto haya visitado el lugar del crimen, nos reuniremos todos.

—¿Dónde se alojará?

—De momento, en el hotel Ringkøbing —informó Teit Jørgensen, desapareciendo por la puerta, y olvidando recoger el informe.

Michael suspiró. Se aproximó a la mesa para examinar las fotografías. Los inertes ojos verdes de Anna Gudbergsen parecían mirarle directamente y se apresuró a tapar aquella imagen cubriéndola con su informe.

Cuando dejó atrás la señal que indicaba que se adentraba en Ringkøbing, Rebekka comenzó a sentir un agudo dolor de estómago. Eran algo pasadas las cuatro, brillaba el sol, y a pesar de ello la ciudad parecía como muerta. Consideró la posibilidad de pasarse por la casa de sus padres en Ringevej, simplemente para confirmar que todo seguía igual, pero finalmente desechó la idea y se dirigió directamente a la comisaría en la calle Kongevej. Comenzaba a echar de menos el ruido y las luces de la gran ciudad, la publicidad luminosa de las tiendas, los cafés y restaurantes, y aquel olor tan particular mezcla de asfalto, orina y comida especiada.

Aparcó frente al edificio que constituiría su nuevo lugar de trabajo, se retocó los labios con algo de brillo, se pasó el cepillo por el pelo, inspiró profundamente y se bajó del coche. Un agente de edad madura que se presentó como Albæk la acompañó hasta la tercera planta, donde le mostró un pequeño despacho dotado de escritorio, ordenador, teléfono, una silla, unas estanterías vacías y un minúsculo sofá de un azul desvaído. Todo muy espartano. Al parecer, aquel espacio se había acondicionado para ella a toda prisa. Dejó su bolso sobre la mesa y se acercó a la ventana para contemplar las vistas. Las casas de ladrillos rojos se sucedían en ordenadas hileras como niños chinos en una demostración gimnástica. A lo lejos, el fiordo. Se abrió la puerta y asomó la cabeza una mujer sonriente con el pelo teñido con henna.